

Relatos coloniais da Amazônia

MILTON TORRES

1. Consideramos, aqui, dois textos de atração colonizadora, que operam —um e outro— por processos discursivos assaz diversos: Carvajal, viajante espanhol do Amazonas nos meados do século xvi, labora, para os seus fins, sobre determinados caracteres culturais do homem ibérico; Simão Estácio, português, que, na primeira metade do século xvii, escrevia aos «pobres deste Reino de Portugal», acena-lhes, com as vivas cores do exotismo tropical, às abundâncias do novel Estado do Maranhão (Grão-Pará).

2. Trezentos anos haveria de correr o Amazonas, antes que viesse à luz o relato da expedição que primeiro o percorreu quase por inteiro.

O texto, da autoria de Frei Gaspar de Carvajal, dominicano que participava da expedição, adapta, com singular habilidade narrativa, a clássica legenda das mulheres guerreiras ao *habitat* tropical —não por simples ornamento literário, como poderia parecer, mas por causas finalísticas e utilitárias, todavia inconfessas.

Incide o relato em especulação da história colonial do século xvi: que razões teve Francisco de Orellana, Capitão de Guaiaquil, para apartar-se de Gonçalo Pizarro, Governador de Quito, na malograda incursão que juntos empreendiam ao país da canela, na vertente oriental dos Andes? Pois haveria Pizarro de regressar a Quito —seus homens em andrajos e de mãos vazias— e prosseguir Orellana sempre ao nascente, rios abaixo —Coca e Napo— à foz do Rio-Mar e, dali, pelo Caribe, até Espanha. Do aparente confronto entre o

adelantado e seu capitão –naqueles tempos de instável hierarquia entre os homens que conquistaram o Novo Mundo– subsistem, respectivamente, denúncia e justificação, editadas, quanto o próprio relato, pelo erudito chileno Toribio Medina em 1894. Mas Carvajal pouco elucida do contraditório: seu alinhamento, às razões de Orellana, é nada menos que absoluto. Sem jamais mover qualquer reparo a Francisco Pizarro, trata o fino dominicano de ilibar de mínima falta a seu capitão: Pizarro aquiescera à partida eventualmente sem regresso ¹, e a superveniência de fatos aleatórios legitimava o progresso da viagem...

E assim embarcava o pequeno grupo –57 homens– em improvisado bergantim e mais algumas canoas indígenas. Começa aí, propriamente, a narração da viagem. Após dias de fome e solidão, a presença humana, invisível mas inequívoca:

«oyeron muy claramente atambores, de muy lejos de donde nosotros estábamos, y el capitán fue el que los oyó primero y lo dijo a los compañeros, y todos escucharon, y, certificados, fue tanta el alegría que todos sintieron, que el trabajo pasado echaron en olvido porque ya estábamos en tierra poblada y que ya no podíamos morir de hambre» ².

A mensagem de alarma, percebe-a o enunciador, que anota com precisão os toques grave, médio e agudo dos trocanos na mata:

«dando alarma, en tal manera que en menos de un cuarto de hora oímos en los pueblos muchos atambores que apellidaban la tierra, porque se oyen de muy lejos y son tan bien concertados que tienen su contra y tenor y tiplé» (pp. 48-49).

As funções auditiva e visual subsidiam algumas das mais bem logradas passagens, mas é a fome, verdadeiro *ostinato* narrativo, que dominará o discurso. Nesse sentido, lembra o relato aquele de Cabeza de Vaca pelo meridiano da América do Norte, ou os próprios *lazarillos*, na sua relação biunívoca entre o real e o ficcional.

O visualismo de Carvajal revela-se em formas sucintas e dinâmicas, e a metáforização, nunca em excesso, explora um imaginário agressivo ou belicoso, que, de resto, harmoniza-se com a timia geral do discurso:

¹ Carvajal, Fray Gaspar de, *Descubrimiento del río de las Amazonas, según la relación hasta ahora inédita de Fr. Gaspar de Carvajal. Publ. exps. Duque de T'Serclaes de Tilly, c/intr. hist. y algs. ilustraciones por José Toribio Medina, Imprenta de E. Rasco, Sevilla, 1894.* (A primeira edição, dada em Madrid pela Imprensa da Real Academia da História em 1851, t. IV, é menos circunstanciada).

² Transcrições da edição preparada por Jorge Hernández Millares, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1955; pg. 48.

«por causa de que el río venía muy recio y con grande avenida³ y aquí estuvimos en un punto de nos perder, porque al entrar, que este río entraba en el que nosotros navegábamos, peleaba el una agua con la otra, y traía mucha madera de un cabo a outro, que era gran peligro de andar por é» (p. 55).

Notável a descrição da confluência dos rios Amazonas e Negro:

«prosiguiendo nuestro viaje, vimos una boca de otro río grande a la mano siniestra, que entraba en el que nosotros navegamos, la agua del cual era negra como tinta, y por esto le pusimos nombre el Río Negro, el cual corría tanto y con tanta ferocidad, que en más de 20 leguas hacía raya en la otra agua sin se volver la una con la otra» (p. 85).

As referências à fauna nada têm em comum com aquela primeira e emocionada descoberta do exotismo das terras baixas; correndo ao avesso do aristocrático platonismo do século XVI, a ágil pena do dominicano é utilitária:

«carnes, perdices, pavas y pescados de muchas maneras» (p. 51); «y les dieron mucha comida y tortugas y papagayos en abundancia» (p. 57); «y comenzaron a sacar de sus canoas muchas perdices, como las de nuestra España son, que son mayores, y muchas tortugas, que son tan grandes como adargas, y otros pescados» (pp. 57-58).

São os tropos colhidos todos a um universo aguerrido: a água **peleaba** com a outra, o rio Negro corria com **ferocidad**, e os cascos das tartarugas, de tão grandes, assemelhavam **adargas**.

Receptivos os indígenas, dirigem-lhes os espanhóis preleção teológica e política:

«Saltó el señor en tierra y tras él muchos principales y señores que lo acompañaban y pidió licencia al capitán para se asentar, y así se asentó y toda su gente en pie, y mandó sacar de sus canoas mucha cantidad de comida, así de tortugas, como de manatís y otros pescados y perdices y gatos-monos asados. Viendo el capitán el buen comedimiento del señor, le hizo un razonamiento, dándoles a entender como éramos cristianos y adorábamos a un solo Dios el cual era criador de todas las cosas y que no éramos como ellos, que andaban errados adorando en piedras e bultos hechizos, y sobre este caso les dijo otras muchas cosas, y también les dijo como éramos criados y vasallos del emperador de los cristianos, gran rey de España llamado don Carlos, nuestro señor, cuyo es aquel imperio de todas las Indias y otros muchos señoríos y reinos que hay en el mundo y que por su mandado íbamos a ver aquella tierra y le íbamos a dar razón de lo que habíamos visto en ella» (pp. 59-60).

³ Enchente.

Percorrendo os navegantes áreas de tão diversa expressão linguística, o que tornaria impossível qualquer comunicação efetiva (pouco mais conheceriam que os idiomas do altiplano), é esse fato ficcionalizado pelo enunciador; abstrai, a tal ponto, os óbices à recepção, que faz compreensível, a um grupo cultural da planície, um abstrato discurso teológico e outro político... Evidentemente, o enunciatário, que tem em mira Carvajal, é o metropolitano!

Ato contínuo a discurso de repúdio à idolatria, **auto-idolatraram-se**, por sua vez, os cristãos:

«Aquel principal señor preguntó al capitán que quiénes éramos o queriendo mejor se informar de lo que se le decía, por ver si el capitán discrepaba de lo dicho, al cual el capitán respondió lo mismo que ya le había dicho, y le dijo más, que éramos hijos del Sol y que íbamos por aquel río abajo, como ya le había dicho. De esto se espantaron mucho los indios y mostraron mucha alegría, teniéndonos por santos o personas celestiales, porque ellos adoran al Sol que ellos llaman Chise: luego dijeron al capitán que ellos eran suyos y le querían servir y que mirase de qué tenía necesidad él y sus compañeros, que ellos se lo darían de muy buena voluntad» (pp. 60-61).

Ganha a plena devoção dos indígenas, assume tom imperativo o discurso, e a terra é tomada e uma cruz chantada (ao menos discursivamente) em nome de Sua Majestade Católica. E clausura-se euforicamente a página, com nota à abundância de comida:

«El capitán les mandó que viesesen todos los señores a verle, porque quería darles de lo que tenía: el señor dijo que otro día venían todos y así venieron con muy gran abundancia de comida y fueron bien recibidos y tratados por el capitán, y a todos así juntos les tornó a hablar lo que primero había dicho al principal señor y tomó posesión en nombre de Su Majestad en todos, y los señores eran veinte y seis, y en señal de posesión mandó poner una cruz muy alta, con la cual los indios se holgaron. y dende en adelante cada día los indios venían a traernos de comer y hablar con el capitán que de esto se holgaban ellos mucho» (p. 61).

Avançando a narração, o móbil dos navegantes no ataque às aldeias ribeirinhas, já não mais é velado:

«Mas, como nos viésemos en necesidad, determinamos de acometerlos, y así, en esta determinación, se acometió por la dicha puerta, y entrando dentro sin ningún riesgo dieron en los indios y pelearon con ellos hasta los desbaratar, y luego recogieron comida que había en cantidad» (pp. 85-86).

Partindo da causa coletiva —a fome— em que ele próprio, enunciador primário, se inclui, conjuga o verbo na 1.^a pessoa do plural: **determinamos de acometerlos**. Na cláusula seguinte, vai o verbo à 3.^a pessoa do singular, com a

partícula **se** a funcionar como indeterminante do sujeito: **se acometió por la dicha puerta**. E, finalmente, avança à 3.^a pessoa do plural: **dieron en los indios y pelearon con ellos hasta los desbaratar**. Isto é, o enunciador, frade dominicano, através de escrupulosa silepse de pessoa, resguarda-se de participar do ato, indisfarçavelmente agressivo, do saque aos indígenas...

A notação realista não oblitera a ficcional, associando-se muitas vezes uma e outra. Assim, no mesmo parágrafo em que relata Carvajal o incômodo dos mosquitos, dá notícia de índios gigantes, palmo mais altos que o mais alto dos brancos:

«Había tantos mosquitos en este pueblo que no nos podíamos valer de día ni de noche sin que los unos a los otros nos amosqueásemos, que con la buena posada no sentíamos el trabajo, que con el deseo que teníamos de ver el fin de nuestra jornada. En este medio tiempo, estando en nuestra obra, vinieron cuatro indios a ver al capitán, los cuales llegaron y eran de estatura muy altos, que cada uno era un gran palmo más alto que el más alto cristiano, y eran muy blancos y tenían unos cabellos que les llegaban a la cinta y muy enojados de oro y ropa, y traían mucha comida, y llegaron con tanta humildad que todos quedamos espantados de sus disposiciones y buena crianza: sacaron mucha comida y posieronla delante del capitán» (p. 63).

Poucas vezes se compromete pessoalmente, o enunciador, com os níveis ficcionais do próprio discurso. Fá-los de regra depender de um verbo *dicendi*, a cargo de narrador secundário— **um índio disse, uma india disse, os índios disseram**.

As notações etnológicas e etnográficas são infrequentes, ademais de genéricas, podendo isso resultar do convívio, apenas transeunte, do enunciador (e dos espanhóis em geral) com as diferentes culturas ribeirinhas: captação pacífica ou agressiva do alimento, imediata partida. Ou decorreria de aderência a programa narrativo em que a fábula supere a intenção do real—pois, parece-nos, a ficcionalidade, em Carvajal, é propositada e finalística.

Consideração essencial do enunciado —explícita ou implícita— são os valores viris. Assim diz-se, dos índios, que

«tienen paveses de palo y defienden sus personas muy como hombres» (pp. 84-85).

Mas é na discursivização das mulheres guerreiras que exercitará o narrador o habilíssimo jogo com a *imago* masculina, traço a que é tão sensível o enunciatário peninsular. E assim são apresentadas as amazonas:

«Estaban tan atentos y con tanta atención escuchando lo que el capitán les decía, y le dijeron que si íbamos a ver las Amazonas, que en su lenguaje las llamaban Coñiapuyara, que quiere decir grandes señoras, que mirásemos lo que hacíamos, que

éramos pocos y ellas muchas, que nos matarían, que nos estuviésemos en su tierra, que allí nos darían todo lo que viésemos menester» (p. 60).

À função acautelatória —**que mirásemos lo que hacíamos, que éramos pocos y ellas muchas, que nos matarían**— segue-se, disjuntivamente, a exortatória ou optativa —**que nos estuviésemos en su tierra, que allí nos darían todo lo que viésemos menester!** A *contradictio* causa aliciente efeito sobre o destinatário, confrontado, já antes de deparar as mulheres guerreiras, com o universo de comportamentos supranaturais que as envolve.

Antes da retomada do tema das amazonas, um subdiscurso assaz característico da prosa de Carvajal:

«y allí nos dijeron los indios que todo lo que en esta casa había de barro, lo había la tierra adentro de oro y de plata y que ellos nos llevarían allá, que era cerca. En esta casa se hallaron dos ídolos tejidos de palma de diversa manera que ponían espanto y eran de estatura de gigantes, y tenían en los brazos metidas en los molledos unas ruedas a manera de arandelas y lo mesmo tenían en las pantorrillas, junto a las rodillas. Tenían las orejas horadadas y muy grandes, a manera de los indios de Cuzco y mayores. Esta generación de gente reside la tierra adentro y es la que posee la riqueza ya dicha y por memoria los tienen allí. También se halló en este pueblo oro y plata, pero como nuestra intención no era sino de buscar de comer y procurar como salvásemos las vidas y diésemos noticia de tan gran cosa, no curábamos ni se nos daba nada por ninguna riqueza. De este pueblo salían muchos caminos muy reales para la tierra adentro, y el capitán quiso saber a dónde iban y para esto tomó consigo a Cristóbal de Segovia y al alférez y otros compañeros y comenzó a entrar por ellos y no había andado media legua cuando los caminos eran más reales y mayores, y visto el capitán esto acordó de se volver, porque vido que no era cordura pasar adelante, y así volvió donde estaban los bergantines» (pp. 81-82).

A grande cópia de ouro acha-se terra adentro, e, na mesma direção, alargam-se os caminhos: **más reales y mayores!** —De que outro convite careceria alguém para demandar a Amazônia?! Mas a estratégia narrativa de Carvajal escusa os navegantes daquilo que teria sido a natural ação consequente da notícia: **y visto el capitán esto acordó de se volver, porque vido que no era cordura pasar adelante...**

E eis a segunda —e minuciosamente contextualizada— referência às amazonas:

«En este pueblo estaba una plaza muy grande y en medio de la plaza estaba un tablón grande, de diez pies en cuadra, figurada y labrada de rel (iev) e una cibdad murada con su cerca y con una puerta: a esta puerta estaban dos torres muy altas de cabo con sus ventanas, y cada torre tenía una puerta frontera la una de la otra, y a cada puerta estaban dos columnas, y toda esta obra ya dicha estaba cargada sobre dos leones muy feroces, que miraban hacia atrás, como recatándose el uno del otro, los

cuales tenían con los brazos y uñas toda la obra, en medio de la cual había una plaza redonda; en medio de esta plaza había un agujero por donde ofrecían y achaban chicha para el Sol, que es el vino que ellos beben y el Sol es en quien ellos adoran y tienen por su dios, y, en fin, el edificio era cosa de mucho ver, y el capitán y todos nosotros, espantados de tan (gran) cosa, preguntó a un indio que aquí se tomó qué era aquello o por qué memoria tenían aquello en la plaza. El indio dijo que ellos eran sujetos y tributarios a las amazonas y que no las servían de otra cosa sino de plumas de papagayos y alguacamayás para aforros a los techos de las casas de sus adoratorios, y que los pueblos que ellas tenían eran de aquella manera, y que por memoria lo tenían allí y que adoraban en ello, como en cosa insinias de su Señora, que es la que manda toda la tierra de las dichas mujeres» (pp. 86-87).

A descrição é sincrética, associando elementos, reais e simbólicos, dos universos europeu e andino. Informado o leitor de que os tão poderosos índios não passam de tributários das amazonas, que juízo formará das próprias mulheres guerreiras?! A observar, ainda, no fragmento, o mesmo referencial agressivo, já apontado, dos leões que, simbólica e reciprocamente, medem as forças.

E similar técnica narra o encontro **verdadeiro** com as amazonas, cuja presença —não mais de dez ou doze delas— impõe aos índios redobrado denodo na refrega com os espanhóis:

«Quiero que sepan cuál fue la causa por donde estos indios se defendían de tal manera. Han de saber que ellos son sujetos y tributarios a las amazonas y, sabida nuestra venida, vanles a pedir socorro y vinieron hasta diez o doce, que éstas vimos nosotros, que andaban peleando delante de todos los indios, como por capitanes, y peleaban ellas tan animosamente que los indios no osaban volver las espaldas, y al que las volvía, delante de nosotros le mataban a palos, y ésta es la causa por donde los indios se defendían tanto. Estas mujeres son muy altas y blancas y tienen el cabello muy largo y entranzado y revuelto a la cabeza: son muy membrudas, andaban desnudas en cueros y atapadas sus vergüenzas, con sus arcos y flechas en las manos, haciendo tanta guerra como diez indios, y en verdad que hobo muchas de éstas que metieron un palmo de flecha por uno de los bergantines y otras menos, que parecían nuestros bergatines puercos espín. Tornando a nuestro propósito y pelea, fue Nuestro Señor servido de dar fuerza y ánimo a nuestros compañeros, que mataron siete o ocho, que éstas vimos, de las amazonas, a cuya causa los indios desmayaron y fueron vencidos y desbaratados con harto daño de sus personas. Y porque venía de los otros pueblos mucha gente de socorro y habían de revolver, porque ya se tornaban a apellidar, mandó el capitán que a muy gran priesa se embarcase la gente, porque no quería poner a riesgo la vida de todos, y así se embarcaron, no sin zozobra, porque ya los indios tornaban a comenzar a pelear y más que por el agua venía muy gran flota de canoas, y así nos hecimos a lo largo del río y dejamos la tierra» (pp. 97-98).

O processo veredictório é narrativamente reforçado pela coletivização no apreender-se o fenômeno: **y éstas vimos nosotros**. Patente a superioridade fí-

sica e moral das amazonas, retratadas com traços inequivocamente viris: lutavam como capitães, castigavam com a morte a defecção dos seus vassalos, combatiam como dez deles, eram altas, membrudas (e brancas como os europeus...), e enterravam mais profundo as suas flechas no bergantim (a anotar aqui o bonito símile, com o porco-espinho)! Os índios, verdadeiros súcubos das invencíveis mulheres, **desmaiam**, ao inesperado de vê-las abatidas... O recurso a um *deus ex machina* narratológico —súbito aparecimento de mais índios— interrompe comodamente a ação. Daqui em diante, serão as amazonas consideradas em retrospecto, e, todas as precisões acrescidas a seu respeito, assim desembaraçadas da premência da atualidade narrativa.

E retoma Carvajal o discurso eufórico das terras interiores:

«Y aun más digo, que la tierra adentro, a dos leguas y más y menos parecían muy grandes cibdades que estaban blanqueando, y demás de esto es la tierra tan buena y tan fértil y tan al natural como la nuestra España, porque nosotros entramos en ella por San Juan e ya comenzaban los indios a quemar los campos. Es tierra templada y donde se cogerá mucho trigo y se criarán todas frutas, y demás de esto es aparejada para criar todos ganados, porque en ella hay muchas yerbas, como en nuestra España, como es orégano y cardos de unos pintados y arrayán y otras muchas yerbas muy buenas. Los montes de esta tierra son enzinales y alcornocales, que llevan bellotas, porque nosotros las vimos, y robledales. La tierra es alta y hace lomas, todas de zabañas. La yerba, no más alta de hasta la rodilla. Hay muy mucha caza de todos géneros» (pp. 100-101).

Tais regiões, povoadas e acessíveis —**cibdades que estaban blanqueando**— são temperadas como as de Espanha, podem produzir o trigo e sustentar os gados (tendo pastagens), e têm sal... Nada é confessado do verdadeiro clima, quente e úmido, da Amazónia, aonde até hoje o trigo e o sal são importados.

E o tópico das amazonas ressurge, arguido pelo interlocutor secundário:

«El capitán le tornó a preguntar que si estas mujeres eran casadas y tenían marido; el indio dijo que no. El capitán le tornó a preguntar que de qué manera vivían; el indio dijo que, como dicho había, estaban la tierra adentro y que él había estado allí muchas veces y había visto su trato y vivienda, que, como su vasallo, iba a llevar el tributo cuando el señor lo enviaba. El capitán preguntó que si estas mujeres eran muchas; el indio dijo que sí y que él sabía por nombre setenta pueblos y que en algunos había estado, y contólos delante de los que allí estábamos. El capitán le dijo que si estos pueblos eran de paja; el indio dijo que no, sino de piedra y con sus puertas, y que de un pueblo a otro iban caminos cercados de una parte y de otra y a trechos por ellos puertas donde estaban guardas para cobrar derechos de los que entran. El capitán le preguntó que si estos pueblos eran muy grandes; el indio dijo que sí. Y el capitán le preguntó que si estas mujeres parían; él dijo que sí, y el capitán dijo que cómo, no siendo casadas ni residiendo hombres entre ellas, se empuñaban; el indio respondió que estas mujeres participaban con hombres a ciertos tiempos y que cuando les viene aquella gana, de una cierta provincia que confina junto a ellas, de un muy gran

señor, que son blancos, excepto que no tienen barbas, vienen a tener parte con ellas, y el capitán no pudo entender si venían de su voluntad o por guerra, y que están con ellas cierto tiempo y después se van. Las que quedan preñadas, si paren hijo dicen que lo matan o lo envían a sus padres, y si hembra que la crían con muy gran regocijo, y dicen que todas estas mujeres tienen una por señora principal a quien obedecen, que se llama Coroni. Dice que hay muy grandísima riqueza de oro y que todas las señoras de manera y mujeres principales se sirven con ello y tienen sus vasijas grandes, y las demás mujeres solebeas se sirven en barro y palo; dice que en la cibdad donde reside la dicha señora hay cinco casas del sol a donde tienen sus ídolos de oro y plata en figura de mujeres y muchas más vasijas que les tienen ofrecidas, y que estas casas, desde el cimiento hasta medio estado en alto, están planchadas de plata todas a la redonda y sus asentaderos, de la mesma plata, puestos junto a las planchas, a donde se sientan cuando van a hacer sus borracherías, y estos adoratorios y casas ya dichas llaman los indios 'carana' y 'ochisemomuna', que quiere decir casas del sol, y que los techos de estas casas están aforrados en plumas de papagayos y de guacamayas de muchos colores. Dice que estas mujeres andan vestidas de ropa de lana, porque dice que hay muchas ovejas de las del Perú y que andan todas con mucho oro encima. Dice que el oro se llama 'paco' y la plata 'coya'. También, según entendimos, que hay camellos y que hay otros animales que son muy grandes y que tienen una trompa y que de estos hay pocos. Dice que hay en esta tierra dos lagunas pequeñas de agua salada, de que hacen sab (pp. 104-106).

O rápido ritmo do diálogo em *quoted speech* deixa perceber, também aqui, a transferência dos elementos culturais do altiplano à planície superúmida: as amazonas usam lã, tirada às lhamas, e colhem tributos, como faziam as aguerridas tribos do altiplano até a ocupação espanhola. A conjunção carnal das amazonas, periódica apenas, com o sexo masculino, segue o mito clássico.

A presença ficcional de homens brancos no sertão amazônico, não assume o narrador primário, repassando o subdiscurso a narrador secundário:

«Tomóse en este pueblo una india de mucha razón y dijo cómo cerca de allí, la tierra adentro, estaban muchos cristianos como nosotros y que los tenía un señor que los había traído del río abajo, y nos dijo cómo entre ellos había dos mujeres blancas y que otros tenían indias y hijos en ellas» (p. 93).

A proximidade dos brancos é fortalecida pelo que, novamente, **diz** a índia:

«Al cabo de algunos días salimos de esta provincia, a la salida de la cual estaba una muy gran población por donde la india nos dijo que habíamos de ir a donde estaban los cristianos» (p. 93).

Mas, de um insustentável confronto com os factos, desvia-se o narrador primário (que retoma o discurso na forma coletiva da 1.^a pessoa do plural), argumentando não ser esse o propósito do grupo:

pero como nosotros no éramos parte, acordamos de pasar adelante, que para los sacar de donde estaban su tiempo se vernía (p. 93).

O mito das mulheres guerreiras do Termodonte –habitantes, também no universo helénico, em longínquas plagas, na Capadócia (símbolo mais ou menos assente de terras incivis)– recolhe, na sua reparação americana, traços culturais do altiplano, donde procedia o narrador, e projecta-os na planície, onde o ecúmeno era sob todos os aspectos, diverso. Mínima é, pois, a reflexão do real, nem era isso propósito do enunciador; a jogar, com incomum habilidade, com símbolos ficcionais da riqueza –aurífera e agrícola– a que se associa velado apelo erótico, transmite, ao destinatário peninsular, elaborada forma de mensagem colonizadora. O não pouco esforço narrativo, haveria, afinal, de ser premiado pela fixação toponímica do grande caudal sul-americano!

3. *Da Relação Symaria das Covsas do Maranhão, Escrita pello Capitão Symão Estacio da Sylveira, Dirigida aos pobres deste Reyno de Portugal. Em Lisboa. Com todas as licenças necessarias. Por Geraldo da Vinha. Anno de 1624*, –tal é o título completo do opúsculo– parecem subsistir apenas 3 exemplares, respectivamente nas Bibliotecas Nacionais de Washington e do Rio de Janeiro, e na Biblioteca Municipal de Évora. Por sua raridade, seguiremos o método parafrásico, que melhor projeta o corte estilístico do próprio autor.

A obra compreende uma parte histórico-narrativa, um tanto convencional, de que me não ocupo, e uma outra, descritiva, que progride na direcção final do relato. Esta parte, composta em verdadeiros blocos de nomes substantivos –entremeando-se os correntes e os exóticos– realiza, por sua carga visual e auditiva, o que talvez realize, a despeito da brevidade, a culminação do discurso eufórico durante o barroco seiscentista, em língua portuguesa.

Estácio da Silveira não é rigorosamente cultista, nem conceptista, sem sê-lo, por isso, menos barroco. Antes, marcha a sua prosa por massas ritmadas de sons (a que não são estranhas as aliteraões e as onomatopéias), de efeito quase sinfónico; a tal efeito auditivo, acresce o visual, e o conotado, que sugerem os estranhos apelativos dos espécimes da fauna alimentar –terrestre, fluvial e marítima– dos trópicos.

Dirigida aos pobres deste reino de Portugal há-de-lhes ter causado –se livros compravam– uma forte impressão...; se assim não foi, resta-nos o belo testemunho literário.

Expulsos os franceses de São Luiz e fundada Belém, iniciava-se a expansão portuguesa pelo Amazonas e afluentes. Diverso o momento, quanto o **momentum**, que presidira ao escrito de Carvajal. Trata-se, aqui, de assegurar

o domínio português –além Tordesilhas– num espaço que se sabe imenso; e, para a empresa, contam-se aqueles dois pontos estratégicos: o gólfão maranhense e as entradas do Rio-Mar. Trai o relato a noção da inadiável necessidade de povoar-se a terra –disto, a sua extremação tímica.

Do capítulo ⁴ «Jornada de Gonçalo Piçarro, & Francisco de Orellana», entende-se que Simão Estácio tinha conhecimento da expedição de Orellana. Curioso o processo de ampliação por que passa aquela notícia: tal a quantidade do ouro resgatado por este que, para transportá-lo, vê-se obrigado a construir o bergantim... Convém mesmo reproduzir, na íntegra, o breve capítulo:

«Por estas, & outras informações semelhantes, se mouéo tambem Gonçallo Piçarro (que foy o que depois se quis leuantar com o Pirù) a vir (algũs annos antes deste successo) em descobrimento da Canella, que achou hauer muita em terra de Çumãco, que (conforme os sinaes) he a mesma que a da Índia, segundo confere Antonio Galuão, & tambem Gonçallo Piçarro, & os seus vierão achar Gentjo que trataua ouro em quantidade, & do muito que delle houueraõ, procedeo à necessidade de fazer o bergantim, em que meteo a bagagem, & pos por cabo o capitão Francisco de Orellana, o qual leuado mais do pezo do bergantim que das correntes do Rio (que tomou por desculpa) se deixou leuar de sua ambição, & desembocando pello Rio do Parã, veyo a Espanha: onde disse tanto das grandesas, & muitas riquezas desta terra, que o Emperador Carlos V o despachou por Almirante deste descobrimento, & lhe mandou ordenar para isso hũa boa armada, que não foy de effeito por elle morrer na Canarias»

A timia do capítulo, mais favorável a Gonçalo Pizarro, pressupõe conhecese Estácio da Silveira a versão deste, expressa na queixa contra Orellana.

Ao mito do ouro segue-se, na narração, o do homem branco, habitante da floresta. Mas Estácio da Silveira, mais minucioso que Carvajal, fornece precisões sobre a origem desses cristãos, seus usos e costumes, e a identidade, preservada, com os antepassados portugueses. Isto é, acentua a narração aqueles traços que os distinguem dos demais gentios:

«vivê em sobrados, comê pão de milho zaburro, & não vzão da farinha da Mandiocã».

E a sua ancestralidade lusíada permanece fortemente marcada, como a convalidar, ainda uma vez, o direito de Portugal às novas terras:

«& porê, não quizerão nunca paz, nê tratto cõ os Franceses, dizendo, que elles não herão verdadeiros Perôs. E quãdo souberão, que os Portugueses estauão no Maranhão, tratarão de os vir vêr, & fazer pazes com elles, & dizião, que estes eraõ os seus Perôs de-

⁴ Sendo as páginas do original inumeradas, indicam-se as partes transcritas pelos títulos dos respectivos capítulos.

zejados, de que elles heraõ descêdentes» (Do capítulo Os filhos de João de Barros no Maranhão).

O rio Amazonas é percebido na sua grandeza física e nas suas virtualidades utilitárias, como veículo natural de escoamento das riquezas andinas do império dos Filipes:

«& na verdade, he muy famoso, & hà nelle mais de cẽ Ilhas, & outras grandezas, & excellencias muy notauéis, & he o mayor Rio, que hà em toda a redondeza da terra, & tem cento & vinte legoas de boca, & mais de mil legoas de decida desde o Piru. Ao qual Sua Magestade, pode mãdar abrir hũa porta por este Rio, por onde cõ grãde cõmodidade, & breuidade, venhão as riquezas delle a Espanha, sem os incõueniêtes de as traginãr por terra ao mar do Sul, & por elle a Panamá, & dalj outraves, a Nomebre de Dios, & dalj, na frota a Espanha, que tudo são trabalhosas, & difficultosas escallas» (Do capítulo Descobrimto do Grão Pará, famoso Rio das Amazonas).

A discursivização, em termos de *mandar abrir uma porta*, como que materializa a funcionalidade daquela via de acesso, do Atlântico aos altiplanos metalíferos. Implícita, na proposta do autor, a perspectiva da integração de toda a América dos Filipes...

Os verbos, na sua forma progressiva, auxiliam a compor essa mesma dinâmica expansiva:

«Com tudo vay o Maranhão cada dia em crescimento, & a terra mostrando sua fertilidade, & fecúdia: & são feitas muitas roçarias de farinhas, & outras culturas, & hà ja muitas cazas de telha, muito boas ollarias, muitas caças, pescarias, mariscos, frutas, mel, hortas, sal, & lenha, & algũas criações, & outras muitas cousas, como adiante diremos, cõ que vivẽ cõtentes emgrandissima abundancia, & cada dia se vay emnobrecendo a terra com Igrejas, & outros edificios particulares» (De Cõmodidades do Maranhão).

O discurso de amplificação ou magnificação exprime-se por superlativos:

«Toda esta costa he bonissima, forrada de bellissimas Ilhas, & estremadas Bahyas muito abrigadas, ornada de caudalosos ryos, & ribeiras, & fresquissimos arvoredos, cujos madeiros sobem ao Çeo, & são infinitos. Esta Provincia habitavão os Tupinambãs, em muitas aldeas, que os Portugueses atravessavão, hindo, & vindo do Maranhão ao Pará» (De Arrumação da Costa do Maranhão, ao Pará).

Sendo *madeiro* designação comum à do próprio *madeiro* da crucifixão e elevando-se essas mesmas árvores para o Céu, é claramente conotado o sítio da bem-aventurança cristã.

Um rol de hábeis notas textuais traduz a visão geopolítica do autor, nos

contextos ocidental e oriental do império; urgiria, pois, assegurar a sua compreensão junto ao enunciatório administrativo, nas Espanhas:

«**Côveniencia dos navios que vão de Angolla a Indias.** Aos quaes navios de escravos, será de grandissima utilidade escallar no Maranhão, pellas muitas mais cômodidades que alj tẽ, que em nenhũa outra parte. A primeira, he ficarem dalj mais nauogados em Indias, & haverem de chegar là cõ as peças, que aqui refrescaram muito inteiras, & vendaveis, o que não tem nos outros portos do Brazil; porque para socorro estão muito cedo, & para lustre das peças ficão longe. Allem desta barra ser muito excellente cõ os ventos de longo da costa, que são tão largos para entrar, como para sahir a toda a hora, sempre Lestes em popa para o Maranhão, & dalj para Indias, vão em oito, dez dias, & dentro tem honissimos portos, cõ o vento por sima da terra, para espalmar, & varâr. Muito aparelho para calafetar, & almêcega da terra, com que brear em muita quantidade, que por ser amargosa, preserva do guzano, mais que o breo, & assi o vzauão os Franceses, & hoje o fazem os nossos navios que aquj vão. Tambem como he terra nova não valẽ os mantimentos nada, & por não haver saca delles (como nos outros portos) ha grandissima abundancia de tudo; de modo que podẽ aquj refazer, & reformar suas armações, cõ mais regallo para os negros do que nos outros portos acharão para suas proprias pessoas. E para que a todos seja notoria a abundancia desta terra, o mostrarei nos capitulos seguintes».

O discurso eufórico segue, daí em diante, num verdadeiro *crescendo*:

«**Salubridade do Çeo.** A excellencia desta terra, consiste em muitas cousas notorias. A primeira, no amenissimo Çeo, & saluberrimo ar, de que goza, a hõnde sêpre he verão, & sempre està o campo, & arvoredado verde, cargado de infinita diversidade de frutas, cujos nomes, sabores, & feiçoês, excedem a toda a declaração humana. Sempre os dias são iguaes com as noites de que procede hum suauissimo temperamento, nem quente nem frio. Os ventos cursão de ordinario do Nascente, & vem com o Sol, & com elle crescem, & se poê; de maneira, que se o meyo dia tras algũa calma (que não chega a ser nunca tão rigurosa como a do nosso Estio) aquella natural viração, que então sopra mais, o tempera, & mitiga de modo, que a calma, se não sente, nem ha frio, se não de noite; & só por não ver a cara dùm Inverno deste nosso clima se podia estar nũ no Maranhão, cuja salubridade será evidente a quem considerar quanto a nós nos são graios, & sãdiosos seus ares: quando là himos; & que os naturaes dalj vindo aos nossos, logo morrem.»

A frígida cara do Inverno europeu cria, já de si, uma oposição tímica entre a Europa e o Trópico, que aponta ao narratário –não mais, como no capítulo anterior, a alta administração metropolitana, mas os *pobres deste Reino* –a rota do Maranhão. E a sugestão de andar-se nu acrescenta à própria idéia, primeva e cristã, do paraíso terreal.

No capítulo «Pureza das Águas», a descrição metaforizante das plagas tropicais é de notável beleza:

«Pureza das aguas. O infinito numero de fontes, que esta terra produz, são tâbê muita parte de sua frescura. Porque como o Sol, aquí de mais perto vezinha cõ a terra, tê ella os poros mais abertos, para brotar fontes, & a cada passo se achão correndo mil ribeiras da mais clara, & pura agua, que o humano apetito sabe de-zejar».

A narração volta à primeira pessoa, assentando o enunciador mais outro nível de confronto entre os dois universos —europeu (donde estava a escrever) e americano:

«Affirmo-me como de vista, que nenhũas aguas destas nossas partes, podem cõpetir em nada com as desta terra».

As boas águas da América constituem, aliás, um *topos* discursivo daqueles textos comprometidos com a política de colonização.

E surge explícito —no capítulo seguinte— o estatuto do paraíso terrestre:

«Fertilidade da terra. O terreno desta Prouincia, hê geralmente de hũa terra gol-feira, & muito criançosa, toda cheya de grandissimos arvoredos, que testificão sua fecũdia; tâbê hã nella muitas varzias de terras groças, & de maçapez, aonde não leua arvoredo, se não heruaes muito fortes, em alguns dos quaes são postas canas d'açucar, que excedê a todas as mais do Estado do Brazil, em groçura, & grandeza: que pella mayor parte, saõ de dez, e doze Palmos de comprido, & algũas demais. E allem de ser toda esta terra muito viçosa, ajudão muito a sua fertilidade, os quotidianos regadĩos, com que o Çeo a refresca; porque ordinariamente chove cada dia, ou cada dous, sem se vestir o Çeo de luto como cã; mas em mangas d'agua, como as chuvas da Primavera, que nella parece continua. A terra he chã, pouco montuosa, & tão brãda, que por viço se pode andar descalço. Deste clima, & deste terreno debaixo da Zona torrida (de que os antigos não teverão noticia, & forão de parecer, que seria in habitavel) depois que a experiencia mostrou o desengano, houve aulhores, que imaginarão, que aquí devia ser o Parayzo de deleites, onde nossos primeiros Paes forão gerãdos».

Sem se vestir o ceo de luto como cã ainda outra notação tamicamente favorável à América, parece prenunciar, até pelo emprego do mesmo advérbio, o célebre poema de Gonçalves Dias, pesquisador em Portugal, a mando do Imperador Pedro II, de escritos antigos sobre o Brasil. A terra *criançosa* é um daqueles filões literários que retomarão os modernistas brasileiros de 22 (identificável também na pintura de Tarsila ou Rego Monteiro).

A citar Galeno, pretende o narrador que o pão de trigo

«he a peyor cousa de que nos podemos fartar».

E, a prosseguir:

«E ja pode ser, que por isso as nações que comê muito pão, saõ muito malencónizãdas e a Portuguesa, mais que todas».

Curiosa explicação da *melancolia/saudade* lusitanas!

E surge a valorização do produto local, a mandioca, *que he farinha de hũas rayzes muito ferteys, muito sãdias, e muito substanciaes*, seguindo-se os vários usos culinários da mesma (do capítulo intitulado *Pão*). Eis aqui outra das constantes narrativas dos textos de elogio da América portuguesa, de que o mais minucioso autor é, neste tópico, Frei Cristóvão de Lisboa.

Compreendendo a importância que assume o consumo (barato) do vinho na dieta do narratário europeu, assim ressalva Simão Estácio, no capítulo sobre o *Vinho*:

«Odiosa empreza serà persuadir à muitas gentes deste mundo, que he boa terra o Maranhão, se lhes houver de cõfessar, que não ha là vinho; & assi sò aos desapaixonados, ouzarei a dizer, que lhes não faltará de carreto, è que o que lá chega, he muito melhor que o mais estimado do Reyno por que o refina o clima, e o sobe muito de pôto; & não se desconsolle os amigos desta fruta, porque o Maranhão, os brinda cõ vinho de Palma que na terra as ha, de todos os generos (...). Há vinho de mel, muito escellête cousa, para os resfriados, opillados, hasmaticos, è boubaticos. Há tâbe hũa fruta, que chamaõ cajús, que lâça muito sũmo, è em mosto, he mais doce que o das uvas».

O processo de amplificação das coisas maranhenses é também biológico, pois mais crescidos os animais que para lá se transferem; o mesmo com as *Aves*:

«Ha muitas, & muy excellentes gallinhas, cazeiras, tamanhas como pirùs, que multiplicão grandemête, ha pôbas manças, muito fermosas que alj ficarão dos Franceses, que tâbê tinhão muita criação de pirùs, que nesta terra se darão melhor que em nenhũa outra, & Patos; porque hà muitos brauos, muitas gallinhollas, & marrecas, & outros infinitos paçaros d'agoa que cõ hũ pão se deixão matar, & tamhẽ se cação lindamête lançãdo cabaços nas alagoas (até que avezê a elles) è depois se mete hũ Índio pella agoa cõ hum cabaço na cabeça, & buracos nos olhos, & chegãdo a elles munsamête, os vay mergulhãdo pellas pernas, & debaixo da agoa lhes troce o pescoço».

De observar, as precisas notações culturais que fornece o narrador sobre a caça indígena às aves aquáticas.

Do capítulo *Pescados*, a notável descrição do peixe-boi, em que se associam as suas várias utilizações econômicas:

«Entre todos os pescados, he notauel o peixe boy, porque em taçalhos sem osso, nem espinha, se tirão de hum destes peixes, cinco, & seis arrobas de carne, que mais o parece que peixe, & o peixe he do feitio de hũ boy sem pernas, com o rabo redondo como hũa botija, de que se tira muito azeite, & este dizem ser o peixe molher, cujos ossos na Índia retê sangue no corpo ferido, quando saõ da femea donzella, cozido cõ couves parece boa vitella, & como tal faz as sopas, & assado, & em pão, he excellente, & muito mais para estimar salgado pera matalotajês, porque toma pouco sal, & he muito gordo, & saboroso, & atê dos couros se pode fazer muitas cousas de grande prestimo».

Sob o título *Mariscos*, há verdadeira cumulação –de nomes conhecidos e exóticos– a percutir no ouvido e na imaginação do destinatário europeu:

«Ha muitos carãguejos, de diuersas sortes, è os da terra são os melhores: ostras do lodo, & de pedras, grandes camarões: buzios de muitas sortes, mexilhões, berbigões, longueirões, ameijoas, perneus em pedras, & caramujos, pernambins, & no Pará muita quantidade das côchas de madre perola: em que se achão muitas perolas, & aljofres, ouriços, & outros muitos mariscos em grande copia».

O visualismo extremo, quanto o apelo auditivo, rítmico e aliterado, de partes como esta:

«Legumes, & ortaliças. Ha muito, & bõ arròs, muito milho zaburro, & outro branco, muitos feijoês, & fauas de diuersas castas, amendoins muito gostosos para regalo, muitas batatas de cores por dêtro, & por fora, amarellas, roxas, larãjadas, brãcas, & vermelhas, & todas melhores que as das Ilhas Terceira, & a jũca dellus se da com vêtage. Melhor que as batatas saõ as macacheiras tâbê raizes mais cõpridas a modo Mandioca que assadas, & cozidas são muito boas, & sãdias. Ha melloês excellentes, pipinos, balácias (sic), & abobaras de diuersas castas, & bugangos, a que la chamão geremùs, nabos, & rabãos, couues, coentros, endros, segurelha, & cebollas se dão tâbê naquella terra. O afumado Ananàs tẽ aqui seu lugar, porque nasce nũas eruas como a nossa babosa, do tamanho de hũ pipino. & do lauor de hũ pinho verde, & chégãdo a ser amarello rescêde, è he o rey das frutas».

Da mesma sorte, no título seguinte:

«Aruores, & frutas. Toda a sorte de aruores d'espinho, lorangeiras, cidreiras, limoeiros, zamboas, toranjas, & limas se dão nesta terra estremadamente, & tâbê romieiras, parreiras, & figueiras, & marmeleiros (...). Guayanas, araçazes, cajases, guajaras, pacóuas, & Bananas, Bacoris, coquinhos de Palma, & outros de fazer azeite como os de Guiné, & hũas frutas em cachos, como uvas roxas, outras como peras, outras como frutas nouas, que chamão tutu rubás, as Anhãs do Pará».

Ou, ainda:

«& quasi todos dão frutos, hũs grãdes, outros em cachos, outros redõdos, outros quartheados, quaes agros, outros doces, hũs cõ casca dura, outros molles cõ carouços

& cõ peuides, hũs que se queẽ de cama: outros alporcados, outros assados. Em que tudo se està mostrãdo a magnificẽcia, & marauilhas do criador. Entre estas aruores ha madeiras de varias cores brancas, pretas, adamascadas, vermelhas, roxas, rosadas, & amarellas: todas estas cõ cores, & lustre de muĩta perfeiçã hũas muito duras, outras molles: outras que cheirão a alhos & o fruto tẽ o mesmo sabor, & picãte, outras que parece calãbucõ cõ sua odorifera rasina, aqui o pão da rosa, os cedros, os louros, as murtas, os anjelins, & outros infinitos de contar: algũs dão tintas, outros dão balsamos, & oleos cheirosos, & almecegas, & tacamacu, & tacaranha, & outras mil diuersidades de cousas em que não ha tomar pẽ, mais que louuar a glõria de quem as criou, tão bellas, & fermozas todo o anno verdes, & com folhas, & frutos».

Aqui, as cores, os odores, as formas e os sons desbordam no mais cerrado tecido eufórico de todo o relato —um quase paroxismo discursivo— que repouso algum permitem aos sentidos do enunciatário. E, afinal, só a vontade divina poderia ter ali reunido tantas e tão várias benesses!

Eis pois reproduzido, ainda que fragmentariamente, um dos mais notáveis textos seiscentistas sobre o Estado do Maranhão, aquela extensa —e tão própria— porção setentrional da América Portuguesa.

